

# SALARRUE

## UN ILUSTRE SALVADOREÑO

VISTO

POR ROQUE DALTON

Salvador Salazar Arrué —SALARRUÉ— nació en Sonsonate, una ciudad de la costa de El Salvador enclavada en la zona que mayores supervivencias de cultura indígena (pipil-náhuatl) ofrece aún en la actualidad al investigador. Publicó en 1927 —él había nacido el 22 de octubre de 1899— su primera obra: *El Cristo Negro*, un relato tradicional, bellamente escrito que acusa la influencia de los tratadistas españoles de la Colonia, de los "cronistas literarios" a la manera de José Milla o Batres Montúfar y que se inscribe en la línea de ficción colonial que en El Salvador desarrollara, entre otros, Francisco Gavidia. En el mismo año publicó su novela *El Señor de la Burbuja*, que es su primer paso hacia el costumbrismo salvadoreño del cual Salarrué es sin duda el más alto exponente.

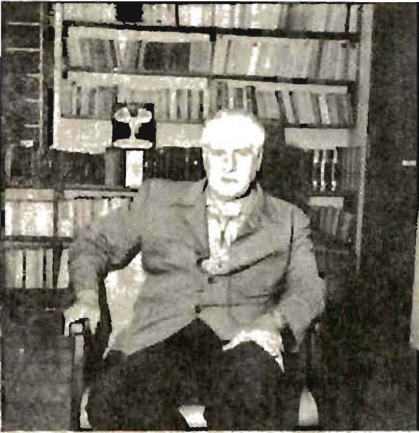
Como muchos escritores salvadoreños de su generación, Salarrué vivió una etapa bajo el estímulo y la influencia de las filosofías y mitologías orientales. Es curioso constatar que tal incidencia ideológica, por así decirlo, aparece en El Salvador en un momento histórico de gran actividad político-social que prelude el acontecimiento revolucionario más importante de este siglo para el país: la rebelión indígena de 1932 y la inenarrable masacre posterior que costara a nuestro pueblo más de 30 mil vidas de campesinos, obreros, e intelectuales. Tales estímulos y tales influencias se muestran en *O'Yarkandal*, libro de relatos que Salarrué publicó en 1929, y que ha sido calificado de "mítico, alegórico y simbólico".

*Cuentos de Barro*, su libro fundamental, aparecerá en 1933, en el marco de un país absolutamente traumatizado por la matanza y el terror. En él, dice Anderson Imbert, "hay indios, labradores sufridos, tristes, supersticiosos, explotados, pero las unidades de acción están también recortadas que dejan fuera la sociología y la política. Salarrué mira la realidad sin ser realista; tiene algo de sonámbulo, de dormido que camina con los ojos abiertos".



SALARRUE Y MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Creemos que este juicio encierra una verdad a medias. Es cierto, según todos los datos, que Salarrué no se propone en sus *Cuentos de Barro* un testimonio global de la realidad campesina de El Salvador. Lo que en todo caso logra es una síntesis poética (acciones típicas de personajes típicos) de una realidad que la historia ha vuelto de pronto dantesca y a la cual el autor se ha acercado con inocencia y amor. La actitud de Salarrué era la del contemplativo, pero la realidad observada estaba en tal forma apelmazada con sangre, que a cada momento surge en sus pequeñas historias, junto a la pureza original y telúrica de los seres que anima, la cuajarada de la barbarie y de la violencia. En algunas ocasiones hay inclusive el testimonio directo de los grandes crímenes de entonces. Sin embargo, lo que nos parece el aporte cimero de Salarrué a partir de *Cuentos de Barro* es que logra, como ningún otro escritor salvadoreño anterior, testimoniar los perfiles de eso que se llama el alma nacional, de un alma nacional —permitasenos el manejo de estos términos— que había sido definitivamente moldeada, por lo menos para lo que tocaba a la primera mitad de este siglo, por la brutalización, el horror, el postergamiento de la mayoría. Ella se expresa en la gracia, la ternura, la rabia impotente, la humillación, la tristeza, la desesperanza, la cólera, la pregunta de las criaturas de Salarrué. Aunque el alma nacional salvadoreña ya se ha transformado —pues existe, extrapoéticamente, el cambio social— y ahora sus mejores connotaciones obedecen a la perspectiva de la Revolución, los elementos suyos que Salarrué nos sintetizara quedan aún en el fondo de la amalgama, son también carne de la Historia. Para bien y para mal.



Salvador Salazar Arrué, nació en Sonsonate, El Salvador, en octubre, 1899.

*Cuentos de Barro*, es, asimismo, el libro más conocido de Salarrué. Además de varias ediciones salvadoreñas, existen ediciones en Chile y el Perú y ha sido parcialmente traducido a varios idiomas.

En 1940 publica *Eso y Más*, cuentos de temática variada, y en 1945, la versión

primera (que aparecería aumentada, completa, en 1961) de *Cuentos de Cipotes*. Se trata de una colección de cuentos breves contados en el lenguaje de los niños de El Salvador (cipote: expresión popular de origen pipil que significa niño, muchacho). "Los cuentos de cipotes —dice el autor en el prólogo— no son cuentos para niños, son cuentos de niños". En el mismo prólogo, Salarrué explica cómo nació la idea del cuento de cipotes: "En un lejano atardecer —dice—, en el cruce de tres caminos, nos hallábamos esperando algo el adulto, el niño y yo. ¿Qué esperábamos? Ya hoy, no se sabe qué esperábamos, tal vez el *Cuento de Cipotes*, porque allí nació el *Cuento de Cipotes*. Era el adulto un polizonte del tráfico; estaba allí para saber los números de los vehículos que entraban y salían de la ciudad; estaba, además, para decir requiebros a las muchachas de servidumbre que acertaban a cruzar por allí. El niño era un *cipote*, era el *cipote desconocido*, sobre todo en aquel —para mí memorable— momento. No pasaban ya los carros; no pasaban ya las hembras; la calle estaba oscura y casi desierta; el hombre se aburría visiblemente. Yo esperaba el bus y ponía atención al paisaje y a los dos personajes. El niño hablaba incesantemente dirigiéndose al polizonte; parecía interesado en su aburrimiento; como que trataba de entretenerle con su charla alocada. El hombre tenía sueño y miraba a otra parte, sin escuchar. El niño contaba su cuento con todas las interrupciones propias del cuento de niño, que es un cuento que se da sus propias alas, se atiza y se ríe de sí mismo. Entre cada dos párrafos hay un puentecito de chacota risueña, una dulce mala palabrita o un silbido incongruente. ¡Yo te oía, yo gozaba tu cuento loco, yo te aplaudía la tontería inimitable, esa inimitable tontería que es tu tontería y mi tontería encantadora! ¡Yo cogía allí en mi corazón, la estúpida carambada deliciosa que es el *Cuento de Cipotes*, que aquí distribuyo para todos los aburridos polizontes del mundo; para que dejen por un instante de estar importantes y se vuelvan hacia ti, te oigan con encanto y te agradezcan tu noble propósito!"

La autenticidad del lenguaje infantil-popular de los *Cuentos de Cipotes* es tanta, que hace pensar más en una autoidentificación del autor con el niño salvadoreño del

pueblo que en un simple recogimiento o recreación lingüísticos. Editados por la Universidad de El Salvador últimamente, estos cuentos ofrecen, a pesar de ser meros objetos de creación literaria, lineamientos muy firmes para la investigación sociológica del diálogo infantil, del punto de vista infantil sobre las cosas, los hombres y sus mutuas relaciones, que tanta importancia irá cobrando en esta etapa de reconocimiento de las jóvenes sociedades latinoamericanas. Sin embargo, no debe extremarse este aspecto de los *Cuentos de Cipotes*, que son, obviamente, antes que todo y sobre todo, literatura, poesía en prosa narrativa. Pues por este camino es que en El Salvador se levantaron algunas opiniones y se manifestaron determinadas dudas con respecto a posibles atentados contra la majestad del idioma que estas originales y chispeantes creaciones podrían significar. No cabe duda, por el contrario, que Salarrué contribuye con sus *Cuentos de Cipotes*, en uso de una dulce vapuleada si se quiere, a poner a prueba la plasticidad y las posibilidades renovadoras del idioma local de El Salvador y recoge de él lo que desprecian las academias escleróticas: su vida misma.

En 1954, Salarrué publica *Trasmallo*, que es una continuación de la línea costumbrista de *Cuentos de Barro*: "la vuelta a la tierra, el redescubrimiento de lo que estaba al alcance de la mano, inadvertido, con olor a tierra mojada, a fruto criollo". De nuevo el afán de síntesis, de concentración poética, del levantamiento de lo trascendente desde "lo pequeño y escondido", del uso del colorido ambiental del paisaje tropical, se hace presente, confirmando a Salarrué como un costumbrista particularmente poético, profundo en la penetración psicológica, impresionista-expresionista a la vez.

En 1960, finalmente, aparece su última obra conocida hasta ahora: el volumen titulado: *La Espada y otras narraciones*. Es un conjunto de cuentos y relatos de temática heterogénea: cuentos criollos, del tipo de los *Cuentos de Barro*, cuentos fantásticos que recuerdan los de *O'Yarkandal*, cuentos modernos y cosmopolitas, relatos pequeños —verdaderas viñetas— que recuerdan por su frescura y encanto algunos *Cuentos de Cipotes*. Vale decir que en algunos cuentos de este volumen es donde aparecen más directamente expresados los resultados de conciencia y de experiencia de algunos sectores indígenas salvadoreños sobrevivientes de la masacre del año 32.

La antología de Salarrué que presentamos al lector hispanoamericano ha sido elaborada con el criterio de poner en primer plano la calidad de auténticamente salvadoreña, de auténticamente expresiva del alma nacional que sin ninguna duda su obra ostenta. Por ello, buscando subrayar la unidad del material presentado en torno a esa categoría, es que únicamente presentamos cuentos escogidos de *Cuentos de Barro*, *Cuentos de Cipotes* y *Trasmallo*, dejando para otra oportunidad la presentación de esa otra cara fantástica de Salarrué que se muestra en *O'Yarkandal*, esa línea moderna que aparece en *Eso y más* o *La Espada y otras narraciones*. Para abrir la Antología, hemos creído además oportuno incluir el texto íntegro de su cuento largo o *nouvelle*, *El Cristo Negro*, que testimonia los orígenes, los puntos de partida de Salarrué, tanto idiomática como culturalmente, orígenes y

puntos de partida que no son otros que los elementos de formación del mestizaje que es la base de la nacionalidad salvadoreña: la amalgama indígena-española.

Al subrayar por sobre todos los otros valores de la obra de Salarrué la "salvadoreñidad" del material escogido, creemos estar lejos de todo chauvinismo, de toda forma de exaltación provinciana. Por el contrario, creemos hacer un mínimo de justicia para una de las literaturas nacionales menos conocidas de América Latina, que tiene, con todo y su débil desarrollo, valores propios, peculiares tradiciones, personalidades de alto brillo, dignos de ser incorporados, en el nivel adecuado, al patrimonio cultural de uso corriente, por así decirlo, de los pueblos latinoamericanos. Creemos que una intención por lo menos parecida a ésta, estaba involucrada en la recomendación hecha por el reciente Congreso Latinoamericano de Escritores, celebrado en México en el sentido de difundir la obra de determinados escritores latinoamericanos, entre ellos Salarrué, insuficientemente conocidos por el gran público.

A los 68 años de edad y a pesar de su fama de anacoreta, de hombre alejado del mundo y dedicado a la meditación y a los afanes del desdoblamiento espiritual, Salarrué estará presente en el centro de la batalla generacional que los jóvenes cuentistas salvadoreños comienzan a dar, arremetiendo contra el costumbrismo, el uso del lenguaje "pintoresco" en la literatura popular y en favor, entre otras cosas, del planteamiento claro y primordial de la explotación y su gran solución histórica: la revolución socialista. Desde varios emplazamientos se comienza a disparar contra su obra. La obra de Alvaro Menéndez Leal, por ejemplo, el más brillante de los cuentistas jóvenes de El Salvador de hoy, inmerso en la corriente borgiana y bioycasariana del cuento breve y maravilloso, parece ser la antítesis más evidente del localismo y la tierna ingenuidad de Salarrué, desde el punto de vista de la forma y de la temática preciosista. La literatura revolucionaria que hacen los compañeros José Rodríguez Ruiz, Roberto Armijo, José Roberto Cea, Manlio Argueta, etc., parece serlo en la intencionalidad política. En todo caso, si es que la literatura salvadoreña tiene hoy por hoy un clásico viviente, ése es Salarrué, aunque pongamos a salvo los derechos de los jóvenes.

Perteneciente a una familia de artistas, Salarrué es asimismo uno de los pintores más importantes de El Salvador. Sus telas tienen, es cierto, más proximidades temáticas con las páginas de *O'Yarkandal* que con las de la literatura costumbrista de los libros representados en



esta antología; trátase de una pintura planetaria, de rica textura y brillantez de color, donde palpita sin embargo, directa o indirectamente, la jugosa naturaleza de la zona centroamericana.

Diplomático de carrera, ha vivido muchos años fuera de El Salvador y ha compartido así la suerte de sus mejores escritores y artistas: la del exilio voluntario o involuntario. Tales fueron en el pasado y tales son en el presente las condiciones en que crearon y crean los valores más auténticos de nuestro país: Arturo Ambrogi, Luis Lagos y Lagos, Toño Salazar, Noé Canjura. Sin mencionar a los exiliados en el seno de su propio país: Francisco Gavidia, Francisco Herrera Velado, etc. Tal vez sea por eso que todas las vibraciones del sentimiento de los personajes que las situaciones mismas y el paisaje, se hallen cubiertos de tanta bruma nostálgica.

Los salvadoreños tenemos una deuda de profunda gratitud con Salarrué: ha interpretado con ternura —la mejor calidad humana— y con gracia de depuradísimo talento a nuestro pueblo humilde. Lo ha puesto a hablar frente a nuestros ojos y nos ha hecho reconocernos a nosotros mismos en él. Ello nos ha servido para comprobar que tenemos los mismos dolores, el mismo sentido del honor y de la dignidad, la misma bondad de corazón y la misma capacidad de ira que todos los pueblos de la tierra. Este es el acto de reconocimiento que queremos transmitir a los lectores latinoamericanos.

